

## Un pasado que no quiere pasar

Una conferencia que, ya escrita,  
no pudo ser pronunciada

Ernst Nolte

Ernst Nolte, historiador, autor de *La guerra civil europea*. Este artículo apareció inicialmente en el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 6 de junio de 1986, y constituye una de las piezas de la decisiva *Historikerstreit* o controversia de los historiadores alemanes sobre interpretación del periodo nacionalsocialista, las bases éticas y políticas de la democracia y el uso público de la historia. Una observación del autor indica que el título de la conferencia que se la había propuesto era: «El pasado que no quiere pasar. ¿Debate o punto final?».

Cuando se habla de un «pasado que no quiere pasar» sólo puede tratarse del pasado nacionalsocialista de los alemanes o de Alemania. El planteamiento implica la idea de que normalmente todo pasado, sea cual sea, se desvanece y que en este caso nos encontramos ante algo de todo punto excepcional. Ahora bien, no cabe entender el desvanecimiento normal del pasado como un mera desaparición. La época de Napoleón, por ejemplo, o la del emperador Augusto regresan una y otra vez en los trabajos de los historiadores. Pero estos pasados han perdido evidentemente el carácter angustioso que tuvieron para sus contemporáneos. Precisamente por eso se pueden dejar a los historiadores. El pasado nacionalsocialista en cambio –como subrayaba hace poco Hermann Lübbe– aparentemente no se encuentra tocado por este proceso de desaparición, de debilitamiento, sino que parece todavía vivo y vigoroso, pero no como modelo, sino como espantajo, como un pasado que se hace casi presente o que pende sobre nuestra época como si se tratase de una espada de Damocles.

### Imágenes en blanco y negro

Hay buenos motivos para ello. Cuanto más claramente se transforma la República Federal Alemana y la sociedad occidental en general en «sociedad del bienestar», más alucinante aparece la imagen del Tercer Reich con su ideología del sacrificio guerrero, lemas como «¡cañones, no mantequilla!» y las citas de Edda cantadas por el coro en las fiestas escolares, como por ejemplo: «Nuestra muerte será una celebración». Todas las personas son hoy pacifistas de convicción, pero no pueden mirar desde una distancia segura el belicismo de los nacionalsocialistas, porque saben que año tras año las dos superpotencias gastan mucho más en armamento de lo que Hitler invirtió entre 1933 y 1939, y así reina una profunda inseguridad por la que se prefiere atacar al enemigo en aspectos determinados antes que habérselas con la confusión del presente.

Lo mismo pasa con el feminismo. En el nacionalsocialismo el «culto a la virilidad» aún se manifestaba sin la menor reserva, provocativamente, mientras que hoy tiende a negarse y a esconderse. El nacionalsocialismo representa así la última manifestación claramente reconocible del enemigo actual. La aspiración de Hitler a la «supremacía mundial» ha de aparecer tanto más monstruosa en la medida que es cada vez más evidente que la República Federal debe contentarse con un papel de estado mediano en la política internacional. No habría que hablar de «insignificancia» pues en muchos lugares persiste el temor de que sea no la causa, pero sí el punto de partida, de una tercera guerra mundial. Sin embargo, el recuerdo de la «Solución Final» es lo que más ha contribuido a que no pase ese pasado, pues el carácter monstruoso del exterminio industrial de muchos millones de personas había de

irse agrandando a medida que la República Federal de Alemania, con la legislación que se iba dando, se situaba a la cabeza de los estados de inspiración humanitaria. Pero han subsistido dudas precisamente también en este punto y muchos extranjeros no acaban de creerse, al igual que muchos alemanes, que el «pays légal» coincida con el «pays réel».

¿Pero ha sido de verdad sólo la insensibilidad del «pays réel» de las tertulias de bar la que se ha opuesto a este no pasar del pasado, exigiendo un «borrón y cuenta nueva» a fin de que el pasado alemán no sea fundamentalmente distinto de cualquier otro pasado?

¿Acaso no hay un fondo de verdad en muchos de los argumentos y cuestiones que oponen por decirlo así una muralla a la reivindicación de un «debate crítico» permanente sobre el nacionalsocialismo? Evocaré algunos de estos argumentos y cuestiones para desarrollar luego un concepto de ese «fracaso», que en mi opinión es lo decisivo. Me referiré también a la idea del «debate crítico», que no tiene nada que ver con el «borrón y cuenta nueva», como tampoco tiene nada que ver con la «superación del pasado» de la que tanto se habla.

Son precisamente aquellos que más hablan, y con los tonos más negativos, de «intereses» quienes desatienden la cuestión de si en ese no pasar del pasado pueden haber existido, o existir aún, intereses en juego, como por ejemplo los intereses de una nueva generación implicada en la antiquísima lucha contra «los padres» o también los de las víctimas y de sus descendientes que desearían conservar indefinidamente un estatus particular y de privilegio.

El discurso acerca de la «culpa de los alemanes» olvida con demasiada facilidad su parecido con el discurso de la «culpa de los judíos», que era un argumento central de los nacionalsocialistas. Todas las imputaciones de culpa dirigidas contra «los alemanes», procedentes de alemanes, son deshonestas porque los acusadores no se incluyen a sí mismos o al grupo que representan y en el fondo lo único que se proponen es descargar un golpe decisivo contra los antiguos adversarios.

Centrarse en la Solución Final es una forma de desviar la atención de realidades muy importantes de la época nacionalsocialista, como por ejemplo la eliminación de «vidas indignas de ser vividas» y el trato dispensado a los prisioneros de guerra rusos, pero sobre todo de cuestiones decisivas del presente, como por ejemplo las que tienen que ver con el carácter esencial de las «vidas aún no nacidas» o con las acusaciones de «genocidio» ayer en Vietnam y hoy en Afganistán.

La yuxtaposición de estas dos argumentaciones, de las que una se ha situado en primer plano, aunque no ha conseguido imponerse del todo, ha llevado a una situación que cabe definir como paradójica o incluso como grotesca.

Una declaración un tanto precipitada de un diputado del Bundestag ante determinadas preguntas formuladas por representantes de organizaciones judías o la exhibición de mal gusto de un político municipal se convierten enseguida en síntomas de «antisemitismo», como si se hubiera olvidado por completo el genuino antisemitismo de la época de Weimar, que no era todo él antisemitismo nacionalsocialista. Al mismo tiempo se emite por televisión el impactante film documental *Shoah*, obra de un director judío, algunas de cuyas escenas hacen verosímil que también los destacamentos de las SS presentes en los campos de exterminio fueran en cierto sentido víctimas y, por otra parte, que pudiera haber un antisemitismo virulento entre las víctimas polacas del nacionalsocialismo.

La visita del presidente americano al cementerio militar de Bitburg ha desencadenado una discusión muy emotiva, pero el miedo a las acusaciones de «contabilidad macabra»,

o a hacer comparaciones en general, ha impedido que se plantee la simple pregunta de qué habría pasado si en 1953 un canciller federal se hubiese negado a visitar el cementerio militar de Arlington aduciendo que también estaban enterrados allí soldados que habían tomado parte en los ataques terroristas contra la población civil alemana.

Para el historiador se encuentra aquí la consecuencia más lamentable de «no pasar» del pasado: que las reglas más simples, válidas para cualquier pasado, parece que dejan de tener vigencia en este caso. Me refiero a que el pasado ha de ser comprendido cada vez más en toda su complejidad, que se distinguen con creciente claridad las diferentes conexiones, que se corrigen las imágenes en blanco-y-negro de los contemporáneos combatientes, que las interpretaciones anteriores son objeto de revisión.

Pero precisamente esta regla parece en su aplicación al Tercer Reich «peligrosa a efectos de pedagogía popular»: ¿no podría llevar a la justificación de Hitler o al menos a una «exculpación de los alemanes»? ¿No comportaría la posibilidad de que los alemanes volvieran a identificarse con el Tercer Reich, como hicieron en su gran mayoría al menos entre 1935 y 1939 y que no aprendan la lección que les ha impartido la historia?

A esto hay que responder de manera tan breve como rotunda: ningún alemán podría querer justificar a Hitler, aunque sólo fuera en razón de las órdenes de exterminio contra el pueblo alemán que dictó en marzo de 1945. Ni los historiadores ni los publicistas son garantes de que los alemanes extraigan las lecciones pertinentes de la historia. Sí lo es, en cambio, la completa transformación de las relaciones de poder y las consecuencias palmarias de dos grandes derrotas. Siempre podrán desde luego extraer falsas lecciones, pero eso sólo puede conducir en una dirección, diferente y en todo caso probablemente «antifascista».

Cierto es que no han faltado esfuerzos para ir más allá del plano de la polémica y dar del Tercer Reich y de su Führer una imagen más objetiva; basta con citar los nombres de Joachim Fest, y Sebastian Haffner. Pero ambos tenían a la vista ante todo el aspecto «intraalemán». En lo que sigue trataré, a partir de algunas cuestiones y nociones clave, de perfilar la perspectiva en la que debería contemplarse este pasado, si es que se quiere volver a esa «igualdad de trato» que constituye un postulado básico de la filosofía y de la ciencia de la historia, y que no comporta sin embargo equiparación sino al contrario subrayar las diferencias.

### **Nociones clave esclarecedoras**

En 1915 Max Erwin von Scheubner-Richter, que se convertiría en uno de los colaboradores más estrechos de Hitler, pero al que alcanzó una bala mortal en noviembre de 1923 en la marcha hacia la *Feldherrnhalle* [la intentona insurreccional del partido nazi en Munich, N. del T.], era cónsul alemán en Erzerum. Allí fue testigo de las deportaciones de la población armenia que constituyeron el principio del primer gran genocidio del siglo XX. No escatimó esfuerzos a la hora de oponerse al proceder de las autoridades turcas y su biografía, publicada en 1938, concluía la descripción de aquellos acontecimientos con las siguientes frases: «¿Pero qué podían aquellos pocos hombres frente a la voluntad de exterminio de la Sublime Puerta, que se cerró incluso a las advertencias más directas que llegaban de Berlín, qué podían frente al salvajismo lobuno de los kurdos, a los que se había dado rienda suelta, frente a la tremenda celeridad con la que se consumaba una catástrofe en la que un pueblo de Asia arremetía contra otro a la manera asiática, lejos de la civilización europea?»

Nadie sabe lo que habría hecho o dejado de hacer Scheubner-Richter si lo hubieran nombrado a él, en vez de a Alfred Rosenberg, ministro para los Territorios del Este ocupados. Pero hay muy pocos indicios de que existiera una diferencia fundamental entre él y Rosenberg y Himmler, e incluso entre él y el propio Hitler. Entonces hay que preguntarse: ¿qué pudo impulsar a hombres que habían percibido como «asiático» un genocidio que habían visto de cerca a lanzarse ellos mismos a un genocidio de una naturaleza aún más atroz? Hay algunas nociones clave que podrían iluminarnos. Una de ellas es la siguiente.

Cuando Hitler conoció el 1 de febrero de 1943 la noticia de la capitulación del 6º Ejército en Stalingrado, predijo de inmediato, en la reunión de análisis de la situación, que algunos de los oficiales capturados participarían en la propaganda soviética: «Imagínense, llega (uno de estos oficiales) a Moscú y lo meten en la ‘jaula de ratas’. Firmará cualquier cosa. Hará confesiones, llamamientos...»

Los comentaristas han dicho que con la «jaula de ratas» se refería a la Lubianka. Yo no lo creo.

En la novela *1984* de George Orwell se describe cómo el héroe Winston Smith, después de largas torturas a manos de la policía secreta del «Gran Hermano», se ve finalmente obligado a renegar de su novia y renuncia con ello a toda dignidad humana. Se le pone ante los ojos una jaula en la que hay una rata casi enloquecida de hambre. Cuando el interrogador le amenaza con abrirla, Winston Smith se derrumba. Esta historia no se la inventó Orwell. Se encuentra abundantemente repetida en la literatura antibolchevique sobre la guerra civil rusa. La recoge también un socialista considerado fiable como Melgunov. Se atribuye a la «cheka china».

### **El Archipiélago GULAG y Auschwitz**

Hay una laguna llamativa en la bibliografía sobre el nacionalsocialismo, y es que no sabe o no quiere saber hasta qué punto todo lo que hicieron después los nacionalsocialistas, con la única excepción del procedimiento técnico del gaseado, había sido descrito ya en una amplia literatura de principios de los años veinte: deportaciones y fusilamientos masivos, torturas, campos de la muerte, eliminación de grupos enteros según criterios puramente objetivos, exigencia públicamente declarada del exterminio de millones de personas inocentes, pero consideradas como «enemigos».

Es probable que muchos de estos relatos e informaciones fuesen exagerados. Es seguro que también el «terror blanco» llevó a cabo actos terribles, si bien en su radio de acción no podía existir analogía alguna con la postulada «eliminación de la burguesía». Pero en todo caso ha de considerarse como aceptable e incluso como inevitable la siguiente pregunta: ¿acaso llevaron a cabo Hitler y los nacionalsocialistas un crimen «asiático» únicamente porque ellos y sus iguales se consideraban víctimas reales o potenciales de un crimen «asiático»? ¿No fue el Archipiélago GULAG anterior a Auschwitz? El «asesinato de clase» perpetrado por los bolcheviques, ¿no fue la premisa lógica y fáctica del «asesinato racial» perpetrado por los nacionalsocialistas? ¿No podrían explicarse las acciones más secretas de Hitler pensando que *no había olvidado* la «jaula de ratas»? ¿Acaso Auschwitz en sus orígenes no tendría mucho que ver con un pasado que no quería pasar?

No hace falta haber leído el olvidado librito de Melgunov para plantearse estas preguntas. Pero se duda mucho a la hora de plantearlas y yo mismo he dudado mucho tiempo en

hacerlo. Se consideran eslóganes anticomunistas o productos de la Guerra Fría. Tampoco cuadrarían bien con la investigación especializada, que ha de optar por planteamientos cada vez más limitados. Pero se basan en puras verdades. Rehuir las verdades a sabiendas puede que tenga, en su caso, motivos de orden moral, pero choca directamente con la ética de la ciencia.

Para que tales escrúpulos estuvieran justificados habría que atenerse a estos hechos y a estas cuestiones, sin situarlos en contextos más amplios y concretamente en el contexto de las rupturas cualitativas de la historia europea que arrancan de la revolución industrial y que una y otra vez han motivado una búsqueda apasionada de los «culpables» o al menos de los «agentes» de una evolución considerada fatídica. Sólo en este contexto aparecería netamente que, a pesar de las analogías, hay una diferencia cualitativa entre el exterminio biológico emprendido por el nacionalsocialismo y el exterminio social perpetrado por el bolchevismo. Pero de la misma manera que ningún asesinato, y menos un asesinato de masas, puede «justificarse» por otro asesinato, hay que decir que conduce directamente al error una actitud que sólo quiere saber de *un solo* asesinato y de *un solo* asesinato de masas y no quiere enterarse de los otros, aunque es probable que exista un nexo causal.

Si no se considera la historia de esta época como parte de un mito y si, en cambio, se tienen en cuenta las principales implicaciones y conexiones, se llega a una conclusión esencial: si a pesar de su oscuridad y de todos sus horrores, pero también por una desconcertante modernidad que hay que agradecer a sus actores, esta época ha tenido un sentido para las generaciones posteriores, éste es el de haberlas liberado de la tiranía del pensamiento colectivista. Esto debería implicar también la aceptación decidida de todas las reglas de un orden liberal, de un orden que admite y estimula la crítica referida a acciones, modos de pensar y tradiciones, pero también a gobiernos y organizaciones de todo tipo, pero que por otra parte deberá imponer el estigma de lo inaceptable a la crítica a datos de hecho de los que los individuos no pueden desembarazarse o, en todo caso, sólo a costa de los mayores esfuerzos, como por ejemplo la crítica a «los» judíos, a «los» rusos, a «los» alemanes o a los «pequeños burgueses». En la medida en que este debate sobre el nacionalsocialismo está marcado por este pensamiento colectivista, habría que poner desde luego punto final. Es innegable que ello podría estimular la ausencia de reflexión y la autosatisfacción. Pero eso no tiene por qué ser *necesariamente* así y por lo demás no hay que hacer depender la verdad de lo provechoso. Un debate de mayor alcance, que debería consistir sobre todo en la reflexión sobre la historia de los últimos dos siglos permitiría tal vez «hacer pasar» el pasado del que se trata aquí, de la misma manera que sucede con cualquier otro pasado, pero por la misma razón sería posible también asumirlo como propio ■

□ Traducción de Gustau Muñoz

